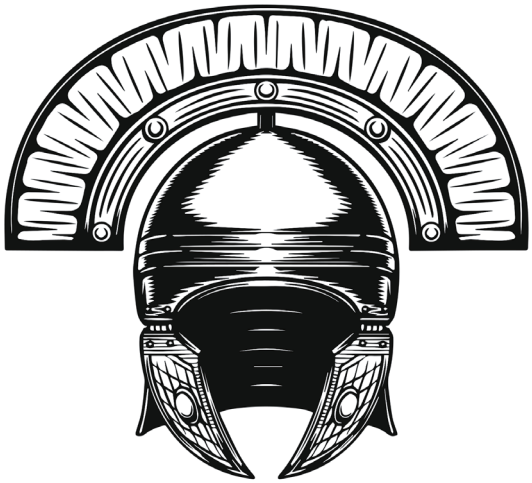
Águilas en Germania

Alberto Raúl Esteban Ribas

www.hrmediciones.es

INDICE

El Imperio romano a principios del siglo I d. C. 7
Germania 15
Legionarios y guerreros 43
La conquista de Germania Magna 69
Las campañas de Germánico 107
La frontera definitiva 159
Bibliografía 165
Anexos 171

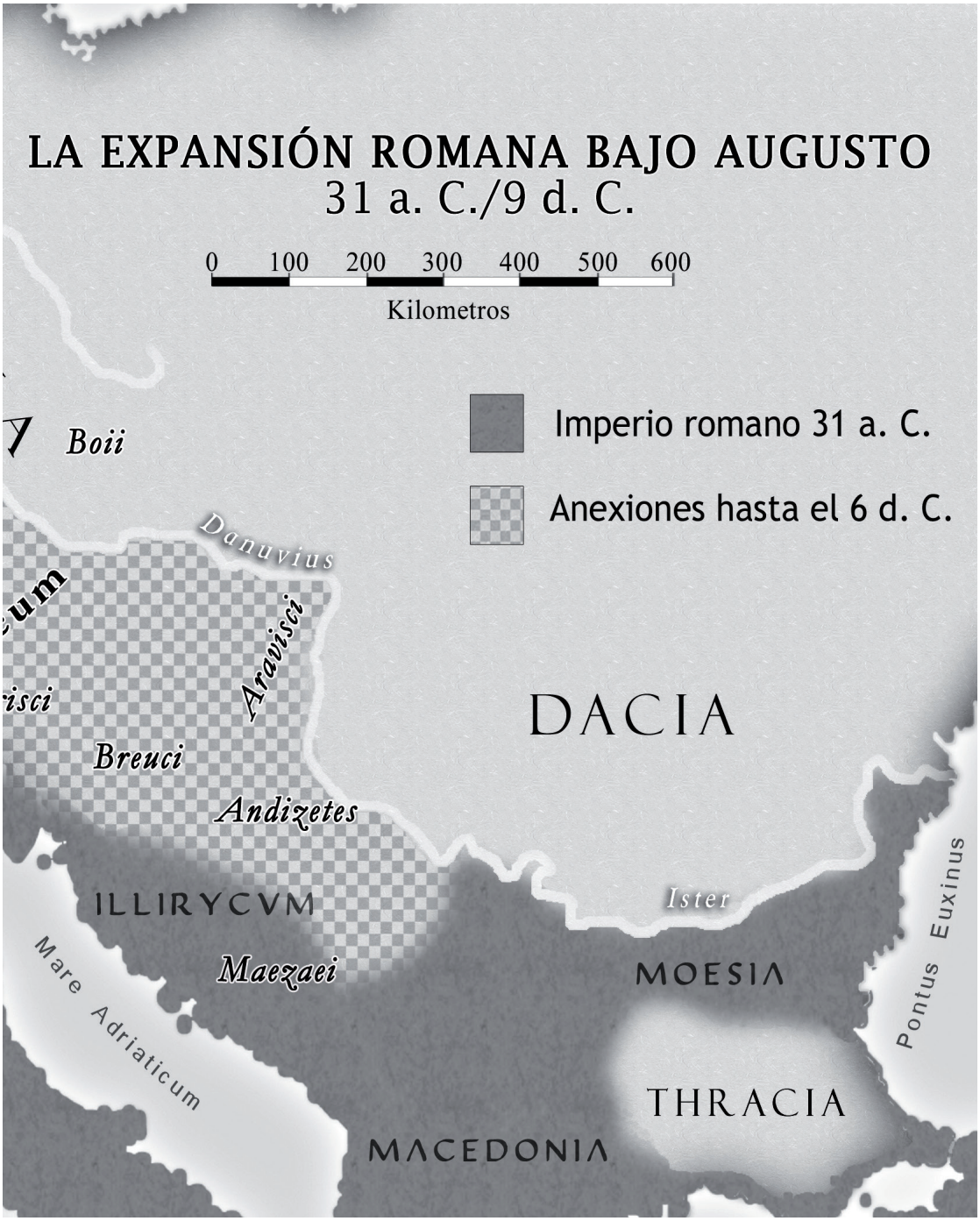


EL IMPERIO ROMANO A PRINCIPIOS DEL SIGLO I D. C.

La transición del régimen republicano al principado es una etapa apasionante de la historia de Roma. En el plano de la historia militar, no obstante, ha merecido relativa poca atención por parte de la historiografía. La justificación quizás se deba a que los primeros años de Augusto en el trono hasta la consolidación de la dinastía julio–claudia están eclipsados por los grandes acontecimientos del siglo I a. C. (crisis del sistema republicano, dictaduras de Mario y Sila, la emblemática figura de Julio César y las guerras civiles) y la propia evolución de la dinastía, con las carismáticas figuras de Tiberio, Calígula, Claudio y Nerón. Sin embargo, analizando los sucesos de los primeros años de nuestra era, encontramos episodios trascendentes que marcaron los acontecimientos posteriores: la expansión romana en Panonia e Iliria y el avance en Germania. Estas campañas fueron protagonizadas por miembros de la familia imperial, en una orquestada maniobra de centralización del poder militar y político: Augusto, determinado a consolidar su poder personal haciéndolo hereditario, era plenamente consciente de la necesidad de retener el poder militar como medio de garantizar la continuidad dinástica.

Hacía siglos que Roma había dejado de ser la capital de un imperio italiano; desde el final de la I Guerra Púnica la República había puesto los ojos en el Mediterráneo como punto de expansión: las tierras de Provenza, Sicilia, Córcega y Cerdeña primero, después las de Hispania y el norte de África. Posteriormente, los romanos entraron en conflicto con los reinos helenísticos de Oriente, a los que vencieron. Pero aún quedaba el territorio europeo más allá de los Alpes; César abrió las puertas con la conquista de

La expansión romana bajo Augusto. En este mapa se comprueba el intento de Augusto de llevar las fronteras del Imperio hasta los límites de las fronteras fluviales del Rhin y del Danubio y asegurar las principales comunicaciones con la Galia. Las principales campañas fueron llevadas a cabo por miembros de la familia imperial (Agripa, Tiberio, Druso y Germánico).


LA EXPANSIÓN ROMANA BAJO AUGUSTO
31 a. C./9 d. C.
0 100 200 300 400 500 600
Kilometros
Imperio romano 31 a. C.
Anexiones hasta el 6 d. C.
Boii
Danuvius
Aravisci
Breuci
Andizetes
DACIA
ILLIRYCVM
Maezaei
Ister
MOESIA
Pontus Euxinus
Mare Adriaticum
THRACIA
MACEDONIA

las tierras galas, pero Roma necesitaba más: su modelo social y económico requería un patrón de expansión constante para mantenerse.

Con la asunción del poder por parte de Octavio se hizo aún más evidente que si el nuevo *princeps* quería consolidar su dominio personal necesitaba triunfos en el plano militar, y por ello dispuso una expansión hacia el centro de Europa; primero fueron las tierras aún rebeldes de los Alpes (Raetia, Vindelicia) y en una segunda etapa las de Panonia e Iliria, consolidando así la presencia romana en Grecia (Acaya) y los Balcanes.

Posteriormente, el objetivo fueron las tierras de Germania, una tierra aún no explorada que emergía entre las brumas de bosques y pantanos de extensión infinita. Durante varias campañas los romanos enviaron sus legiones hacia el este, cruzando ríos caudalosos y bosques inmensos, llevando sus águilas siempre un paso más hacia el sol naciente, anotando los nombres de los pueblos que arrollaban, los ríos que cruzaban traspasando una nueva frontera aún más lejana: Luppia (Lippe), Amisia (Ems), Visurgis (Weser), Albis (Elba)...

Parecía así que la gloria de Roma no tendría fin y que podría expandirse hacia el este y alcanzar las estepas, las legendarias tierras donde pueblos nómadas apenas conocidos tan solo por los geógrafos griegos cabalgaban a sus anchas en espacios inmensos. Pero aquel sueño de expansión pronto llegaría a convertirse en una pesadilla: la salvaje Germania, cuando parecía que estaba más firmemente apaciguada, estalló en una rebelión que sacudiría los cimientos de Roma y provocaría un desastre militar de grandes proporciones, nunca antes sufrido a manos de unos enemigos considerados salvajes.

Una historia que merece ser contada.

La familia imperial

Tras su acceso al poder absoluto, con la derrota de Marco Antonio (31 a. C.), Octavio instauró un régimen de poder personal en el que, bajo apariencia de legalidad republicana, se concentraba en su persona —con mayor o menor disimulo según las ocasiones— todo el poder político y militar. A medida que este régimen fue aceptado por la mayoría de la población —hecho que vino sustentado en un mantenimiento del orden y la paz y de bonanza económica—, se fue perfilando la voluntad de Augusto de perpetuar en su familia las riendas del poder (oficialmente en el año 27 a. C., con la concesión del título de *Augustus*). Sin embargo, a falta de un heredero directo varón, las maniobras de Augusto se dirigieron a conseguir

Busto de germánico, de las primeras décadas de nuestra era, con vestimenta militar. En algún momento de los siglos II-III algunos coléricos cristianos primitivos se ensañaron con esta figura, amputando su nariz y marcando una cruz cristiana en la frente. El busto se conserva en el British Museum.

que sus parientes próximos fuesen aceptados como herederos *de facto:* en un primer momento se decantó por su sobrino y yerno Marco Claudio Marcelo. A la muerte de este sin herederos, volvió a casar a su hija Julia, esta vez con su viejo amigo el general Marco Vipsanio Agripa, unión de la que nacieron Lucio César, Gayo César y Agripa Póstumo.

Augusto había contraído nupcias con Livia, esposa de Tiberio Claudio Nerón, del cual había tenido dos hijos, Tiberio y Druso. La inteligente Livia —magistralmente retratada en la obra *Yo, Claudio,* de Robert Graves— maquinó a lo largo de aquellos años para que sus hijos, fundamentalmente el mayor, Tiberio, fuesen los sucesores de Augusto. En un primer paso, Livia le convenció para que la alianza de las dos familias se plasmase en una unión

matrimonial: Tiberio se casaría con Julia. Sin embargo, tal unión resultaría un estrepitoso fracaso.

Augusto, decidido a traspasar el poder a un miembro de su misma sangre, adoptó en el año 12 a. C. a sus nietos, Lucio y Gayo, aunque sus muertes —Lucio en el 2 d. C. y Gayo en el 4 d. C.— truncaron sus planes. Entonces, en el año 4 d. C., Livia convenció al emperador de adoptar a Tiberio —algo a lo que el primero siempre se había opuesto—. En cambio, Augusto no se resignó a su fatal suerte de legar el trono a un miembro de los Claudios y también adoptó a su último nieto carnal, el joven Agripa Póstumo —hasta aquel momento, Augusto no lo había adoptado como muestra de respeto a la memoria de su gran amigo Agripa, permitiendo que así perdurara su apellido en su hijo—, en un último intento de legar al poder a un miembro de su familia (*gens*) Julia.

A Augusto Tiberio nunca le agradó; confiaba en él por sus capacidades militares, pero no lo aceptaba como a un miembro de su familia, y mucho menos como su heredero; no parecía así que Augusto quisiera que Tiberio alcanzase el trono y legara a su vez el poder a su hijo Druso el Menor. Sin embargo, sí que había un miembro de la familia *Claudia* por el que Augusto sentía cariño y el que ciertamente consideraba como un buen candidato a sucederle: el joven Germánico, hijo de Druso el Mayor, el otro hijo de Livia. Augusto accedió a emparentar al joven con su propia familia Julia: lo casó con su nieta Agripina, hija de Julia y de Agripa; de esta unión Augusto esperaba que algún día nacerían jóvenes que merecerían vestir la púrpura imperial —sueño que finalmente se cumpliría en las personas de Calígula y Nerón, hijo y nieto respectivamente de la unión de Germánico y Agripina—. Pero como Germánico estaba oficialmente lejos de la sucesión imperial, Tiberio recibió la orden de Augusto de adoptar a su sobrino Germánico; con ello se mostraba claramente la intención de Augusto de preferir al joven Germánico en la línea directa de sucesión imperial por encima del hijo natural de Tiberio, Druso el Menor.

Sin embargo, estas complicadas maquinaciones familiares no surtieron el efecto deseado: en el año 7 d. C. Augusto desterró a Agripa Póstumo a la pequeña isla de Planasia, por circunstancias no aclaradas: quizás una conspiración para ganarse el apoyo de Augusto, quizás un resentimiento por el destierro de su madrina, Julia, por su escandalosa vida…

Entonces, Augusto optó por promocionar a Germánico: el emperador quiso ver en el joven la figura de su padre Druso, muy apreciado por el

pueblo: aquel año 7 d. C., con tan solo 20 años, Germánico iniciaba su *cursus honorum* con el cargo de cuestor, cinco años antes de la edad mínima establecida. Al cabo de tres fue nombrado pretor, y en el año 12 d. C. cónsul. Augusto no descuidó tampoco su carrera militar: envió al joven a la frontera danubiana, a las órdenes de su tío Tiberio; combatió en Panonia durante los años 7–9 d. C. y por sus servicios fue recompensando con un clamoroso triunfo (*ornmenta triumphalia)*.